

Luis Cardoza y Aragón

13 nostalgias

I. Luz

Qué indecible ternura embelesada en el cielo íntimo y único, ignorante de que es cielo.

Nueve centurias, casi en la noche perfecta de los minerales, un río de miel alimentó el ludión pulsátil olvidado de sí en la plácida somnolencia definida con más sabiduría que la geometría de los cristales.

De pronto se desploma el cielo que se ignora. Fulminado de vida, el ramo de coral es arrancado de cuajo del mar nocturno, pequeño y suficiente, por un sólo zarpazo de la luz que hiende su delicia hasta el grito que conoce a la muerte. ¡Rayo sobre el claro limbo absoluto!

II. El zopilote

En la jaula del parque zoológico de Amberes, al zopilote —ceñiza y carbón—, apenas si le temblaban las yertas alas descoloridas.

El pajarraco, ayuno de carroña y materiales fecales, parecía un arcángel condenado.

Pedazos de carne sanguinolenta como brazos aliviaban la sin fin y ubicua pizarra invernal.

Recordamos los trópicos. Los zopilotes con alas inmóviles deslizándose sobre los campos ahitos de sol innumerable.

La nostalgia del zopilote subrayaba la aterida sordera del ámbito, bajo y plomizo.

Largo tiempo lo contemplamos.

Al día siguiente insistió el desterrado en que volviéramos al zoológico.

Yo quería volver a los Rubens de la catedral.

Fuimos a la gran jaula del zopilote.

El desterrado sacó del gabán un paquetito cuidadosamente dispuesto. Lo entreabrió y arrojó sus heces al ave miserable.

Solemnemente avanzó el zopilote. Con cadencia inmemorial, asintiendo como un catedrático, de tres picotazos devoró el tesoro.

El desterrado volvió al otro día, subyugado por la fascinación mágica del rito.

Es lo más tierno que he visto en mi vida.

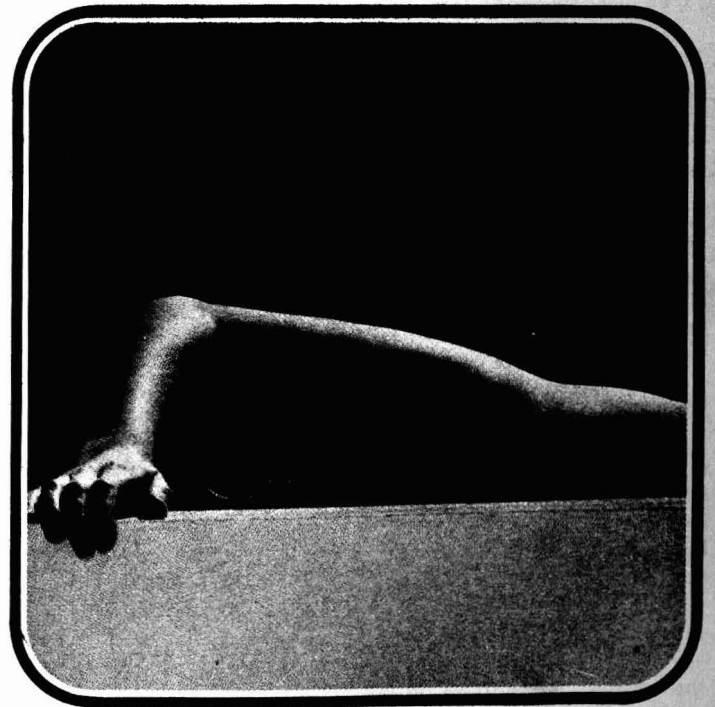
III. Herida de lodo

Pintaba para sí obras maestras, para estar consigo y para salir de sí y ser más él mismo; para insultarse y conocerse y resucitar, deseando, por miedo de tener razón, que más veloz pasara el tiempo. Su timidez escarlata le impedía compartir una belleza que acaso no habrían podido asir. Lejos de la piedad de la mentira, del cisne petulante sobre la herida de lodo, en su cenit abrevaba el laurel secreto en donde no titubeaba estrella alguna. Apasionadas de fatalidad, hacían el amor sus formas: júbilo y

danza de la angustia de gritar sin ser escuchadas. No dejó rastro de su vida, —muerte hermosa y manual como una manzana. Así, con no deseada insolencia, negó su nacimiento y pudo comprender que sólo por tal cirugía sin heroísmo era otra vez expulsado del paraíso. Su casa sin ventanas se hizo vertiginosa diafanidad, y sus alas de piedra lenta se desplegaron en el ágil amanecer de las profanaciones.

IV. En el Carmen

Llorando el llanto de la humanidad, estallada granada, avanza Eva llorando un diluvio pequeño y absoluto. La mano izquierda semioculta los senos; la derecha quiere vendar la herida del mundo. Adán hunde el rostro entre las manos, muy baja la cabeza agobiada, porque todo es delirio y allí está sencillamente. Su difícil dolor central ni entonces encontró salida. Con duda perentoria, ácida y triste, tensa madeja de sombra, gime macerados abismos. Eva se ha vuelto ella; Adán se ha vuelto él. Las dos llamas se precipitan bajo la tormenta del ángel, toda en el índice irrefutable que los expulsa más que la espada iracunda. Masaccio, árbol de plata, se aleja resueltamente, denso de frondas estremecidas y éxtasis materiales. Por el atrio del Carmen se oyen sus pasos descuartizando el horizonte monótono. ¿O son los míos? Siempre otra vez, de nuevo, arrebatados por la nostalgia irrevocable del alimento terrestre desconocido.





V. *Lo inmediato y tangible*

Con cara de feto senil en la que resbalaba un júbilo furioso, estrábicos los acartonados ojos cocidos por la luz que no articulaban mirada alguna, huérfano de siempre y siempre recién viudo, farfullando, rechinando, aullando en su salmuera, asándose del aire y de sus cabellos, ascendiendo en el mar la escalera sin fin que lo baja un peldaño cada vez que lo sube, fijo en su inerte deflagración, desasido y distante en la realidad sin cuerpo, aborto de lobrete y de relámpago, relamiéndose desesperadamente esperanzado en lo inmediato y tangible, daba grandes bandazos con la caja de cerveza contra el pecho, apretándola con amor, Sísifo triunfal en vértigo lento, manso geyser de convicción remota, fervorosamente, antes de caer, bruta piedra gemebunda:

—¡Tiznen a su madre Santa Claus y los Santos Reyes!

VI. *Eternidad*

Sentada sobre el lecho, te inclinaste hacia mí etruscamente. De pronto, como en los sarcófagos, inmóvil roja arcilla quemada. Mis muslos aprisionaban tu cola de sirena, bullente de hormigas y escarabajos. Estuvimos siempre otro instante entrelazados, en perpetua resurrección, exhumándonos de las sábanas hasta el nivel del aire.

¿Queríamos recostarnos sobre el otro lado?

¿Íbamos a nacer?

¿Qué habías recordado?

Sin darte cuenta de nada sonreías, semiyacente como un monumento a los pájaros. En la playa distante del mundo sin evidencia escurriase la arena entre nuestros deseos. Una bandada de gaviotas revoló en la cima del tiempo respunteado por el tictac del reloj listo para repicar al día siguiente. Algunos milenios, como posando para el fotógrafo, en torno a tu cintura pasé mi brazo. Así, reclinados, seguimos soñando el mismo sueño común. Las sábanas se olvidaron en espumas y nos batieron las olas una vez y otra vez. Seguimos inmóviles, siempre otro instante, incorporándonos en nuestra roja arcilla quemada.

(Nunca llegó el fotógrafo.)

VII. *Caída hacia arriba*

Hacia siglos estaba aliviando mi cuerpo, aliviándolo de un cólico dulce, aliviándolo sin interrupción, impulsado vertiginosamente por el chorro parejo y fuerte que expelía, aliviándome dulcemente, al mismo tiempo que ascendía, ascendía por impulsión a chorro, y el volcán crecía, y yo experimentaba una indecible beatitud arcangélica que crecía a cada instante cuanto el volcán crecía, aliviando mi cuerpo, hacia siglos, en una caída vertical hacia arriba, interminable, pareja y vertiginosa como mi beatitud, a punto ya de encontrar a cada instante hacia si-

glos, las puertas del paraíso.

VIII. *Ombligo*

Fui hundiéndome en el ombligo y arribé a otro ombligo, y me hundí en otro ombligo y otro ombligo y otro, con ímpetu fálico, hasta llegar de pronto, sin sorpresa, al dulce cimborrio sin herida alguna de predecesor, e instalarme en el centro del tiempo, en la cúspide del Ahora, en donde pude contemplar la hoja en blanco en que seguía tendida renaciendo, manantial de Siempre, de Nunca y de Tal Vez.

Bebí sorbos de su imagen sin saciar mi sed. Me bañé en ella. Me contemplé reflejado y mi imagen no era mi imagen. Y entré poco a poco, deletreándome, y perdí pie y seguí desprendiéndome de pesantez, en un ámbito sin respuesta a cada instante más delgado, como el de la propia putrefacción, hasta sentir las lanzas del sueño que asaltaba el sitio primero: la sima sin límite y activa de la hoja en blanco, en donde con mi ombligo sueño que sueño que sueño...

IX. *Espantapájaros*

Por falta de totalidad se erigen monumentos con médanos de



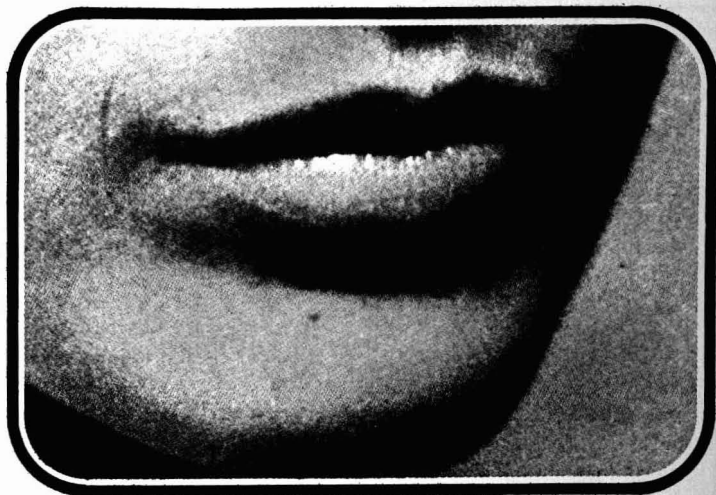
la voz, se sale del espacio cuya sombra es el tiempo en el no man's land de los espantapájaros que se exagera entre las cosas y su nombre. Allí vivo con mis palabras que no son cifras ni símbolos, jadeos de lava corrosiva con los cuales (únicamente) puedo intentar, siquiera, acordarme de la Quinta Estación en donde no se precisa nombrar: todo contesta con la sola presencia, siendo nomás con su infinita carga de enigmas simultáneamente revelados y velados de nuevo, en el pasmo que me empuña por las entrañas, y yo, tumulto de cristales, no agonizo porque soy el deslumbramiento mismo.

X. *Sílaba de sombra*

Todo está noche y fénix olvidado del fuego. Pero en tu vértice arde la zarza que no se consume. Todo está cerrado y hay que romper los límites del mundo sin puertas. Como una horda mineral victoriosa, me arrojo en tu sonrisa que anhela asir el insomnio del cielo. Soy el ahogado recordando litorales que jamás ha visto. Te pongo contra el oído y el mar sin orillas quisiera asomar por tus ojos aún sin lágrimas. Me abandono a la yerta voluntad de ese mar que me acuna, mar prisionero en tu cuerpo salido de mi costado como una puñalada. Soy yo mismo, el náufrago y el mar y tu cuerpo. La zarza que no se consume. Eres una certeza en este mundo que no necesita de la esperanza. Si todo es plenitud ¿para qué la esperanza? Toda mi carne es falo. Me sumerjo y desgarró aleluyando hasta la herida devorante de mi costado; penetro por ella y me vuelvo del revés; naces de mí y nazco de ti, y caemos a pique los dos juntos, uno los dos, ardiendo en la misma llama que no se consume, cosquilleando con sílabas de sombra los pies del Infinito colgado del Arbol.

XI. *Autopsia*

Haciéndole la autopsia al mar tendí sobre el infinito de la página en blanco la mujer. Daba realidad a la realidad su nacimiento perpetuo. En el pórtico de la espuma encendidas detuvieron las palabras. Una ola de ritos alzábala sobre el desierto de cenizas de las mitologías, al propio tiempo que destrozaba su alma contra el muro que protege el polen de la muerte, con el cual el pensamiento es más pensamiento al supurar contra sí silogismos de pájaros. Y por fin la voz que la nombre sin saber su nombre la deja tendida recordando sin memoria, erigiéndole pirámides de ahincos que son piedras que son nubes, mientras las palabras, las cuerdas de los ahorcados, los relojes y los violines, quieren decir, llenos de pavor e infinito, el último golpe de mar sobre la hoja en blanco que se hunde en el vórtice del ombligo.



XII. *Florequilla*

Sin comprender el estupor lleno de júbilo exaltado de quienes lo rodeaban, cuando por fin pudo entreabrir los ojos, bostezó como para tragarse el mundo. Con la luz se apretujó la carne flácida, chorreando tiempo y tierra oscura. Una súbita lasitud total se apoderó de él, yacente aún al borde de la fosa, piedra profunda viendo el cielo. Lo alzaron por los brazos y al pisar la tierra sintió que el sol lo atropellaba. Yo vi odio, espanto y distancia en sus ojos heridos por el aire, al volver sin desearlo al mundo que dábale de nuevo un sorbo de su necio licor dulzón y sobado.

Ya en el lecho, infinitamente atónito y tranquilo, como una flor de hielo sobre un piano, sus entrañas echáronse a gemir silenciosamente, porque su desolación sobrepasaba las lágrimas.

Sonando con despertar jamás, dormido a toda velocidad, recorrió los Tres Reinos y los Cuatro Elementos, geológica nostalgia de cal y de fosfatos, gozoso por la florecilla probable entre sus disueltos dedos amarillos.

XIII.

No creo en paraísos perdidos.

